

138 SAN ISIDORO DE SEVILLA, OBISPO, SOBRE HOMBRES ILUSTRES. LIBRO. (C)

Prólogo.

1. Aunque anteriormente se han anotado muchos de los más doctos escritores antiguos entre los griegos y latinos, creo que también debo hacer memoria de unos pocos, cuya lectura recuerdo haber alcanzado.

I. 139 Xystus, papa romano.

II. Macrobio, diácono.

III. Filastrio, obispo de Brescia.

IV. Teodoro, obispo de Mopsuestia.

V. Osio, obispo de Córdoba.

VI. Toranio Rufino, presbítero de Aquilea.

VII. Verecundo, obispo africano.

VIII. Victorino, obispo.

IX. Itacio, obispo de Galicia.

X. Eusebio, obispo de Dorolum.

XI. Cereal, obispo de Castellanense en África.

XII. Ferrando, diácono de Cartago.

XIII. Pedro, obispo de Ilerda.

XIV. Marcelino, presbítero.

XV. Itacio Claro, obispo hispano.

XVI. Siricio, pontífice romano.

XVII. Paulino, presbítero de Milán, luego obispo de Nola.

XVIII. Proba, esposa de Adelphio.

XIX. Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla.

XX. Sedulio, presbítero.

XXI. Posidio, obispo africano.

XXII. Primasio, obispo africano.

XXIII. Proterio, obispo de Alejandría.

- XXIV. Pascasio, obispo de Sicilia.
- XXV. Juliano Pomerio.
- XXVI. Eugipio, abad de Lucullanense.
- XXVII. Fulgencio, obispo de Ruspensis en África.
- XXVIII. Euquerio, obispo de Lyon, Francia.
- XXIX. Hilario, obispo de Arlés.
- XXX. Apringio, obispo de Pacensis, en Hispania.
- XXXI. Justiniano, emperador.
- XXXII. Facundo, obispo de Hermianense.
- XXXIII. Justiniano, obispo de Valentia.
- XXXIV. Justo, obispo de Urgel.
- XXXV. Martín, obispo de Dume.
- XXXVI. Avito, obispo de Vienne.
- XXXVII. Draconcio.
- XXXVIII. Víctor, obispo de Tunnuna.
- XXXIX. Juan, obispo de Constantinopla.
- XL. Gregorio, papa romano.
- XLI. Leandro, obispo de Sevilla.
- XLII. Luciniano, obispo de Cartago.
- XLIII. Severo, obispo de Málaga.
- XLIV. Juan, obispo de Gerona.
- XLV. Eutropio, obispo de Valentia.
- XLVI. Máximo, obispo de Zaragoza.
- Hasta aquí Isidoro.
- De aquí en adelante Braulio, obispo de Zaragoza.
- XLVII. Isidoro, obispo de Sevilla.
- CAPÍTULO PRIMERO.

2. Xystus, obispo de la ciudad de Roma y mártir, compuso un libro de Proverbios a semejanza de Salomón, con un lenguaje tan breve que en cada versículo se explican sentencias individuales. Sin embargo, los herejes insertaron en esta obra ciertas cosas contrarias a la fe eclesiástica, para que, bajo el nombre de tan gran mártir, se aceptara más fácilmente la afirmación de doctrinas perversas. Pero quien se considera católico, debe leerlo con discernimiento y aceptar solo lo que no es contrario a la verdad. Algunos piensan que este libro fue dictado por los herejes y no por Xystus. Sin embargo, el beatísimo Agustín refuta esta opinión, ya que en una de sus obras admite que esta obra fue compuesta por el mismo mártir.

CAPÍTULO II.

3. Macrobio, diácono, siguiendo el estudio y el ingenio de San Cipriano, recopiló capítulos congruentes de ambos Testamentos contra las astucias de los herejes, sobre la majestad de Dios Padre, la venida del Hijo de Dios, su encarnación, pasión, resurrección y ascensión a los cielos, y de igual manera, sobre la elección de los gentiles y la reprobación de los judíos. Luego añadió otras cosas pertinentes a la utilidad de la vida y la disciplina de la religión, todo esto dividido en cien capítulos.

CAPÍTULO III.

4. Filastrio, obispo de Brescia. Este, mucho antes que el beatísimo Agustín, publicó un libro sobre las herejías, demostrando cada una de ellas, ya sean las que existieron entre el pueblo judío antes de la encarnación de Cristo, de las cuales enumera veintiocho, o las que surgieron después de la venida del Salvador, contra la fe católica, de las cuales describe que son ciento veintiocho, como lo menciona el mismo Agustín, hombre de gran gloria y doctor clarísimo.

141 CAPÍTULO IV.

5. Teodoro, obispo de la ciudad de Mopsuestia, se dice que brilló con tal claridad y abundancia de doctrina científica, que se proclamaba (si es lícito decirlo) que había escrito en griego la suma de mil volúmenes contra los errores de todos los herejes. Los obispos de los Acefalos, bajo la presión del emperador Justiniano, decidieron condenarlo después de su muerte junto con los obispos Iba y Teodoreto, en perjuicio del concilio de Calcedonia. Aunque consta que fue un doctor de la Iglesia clarísima, según los testimonios de hombres laudables. Vivió hasta el reinado del emperador León el Viejo.

CAPÍTULO V.

6. Osio, obispo de la ciudad de Córdoba en Hispania, ejercitado en las fuerzas de la elocuencia. Escribió a su hermana una carta sobre la alabanza de la virginidad, compuesta con un lenguaje hermoso y elocuente; también compuso otra obra sobre la interpretación de las vestiduras sacerdotales que están en el Antiguo Testamento, elaborada con un sentido e ingenio excelentes. En el concilio de Sárdica también emitió muchas sentencias.

7. Sin embargo, después de una larga vejez, es decir, después de su centésimo primer año, en el umbral mismo de la vida, sucumbió a los límites de la fe, cayendo por el dardo de la serpiente. Pues, llamado por el emperador Constancio y aterrorizado por las amenazas, temiendo que, siendo anciano y rico, sufriera la pérdida de sus bienes o el exilio, inmediatamente consintió en la impiedad arriana y, arrebatado por el furor de la impiedad, condenó el término homousion, que había transmitido junto con los santos Padres para que

las demás Iglesias lo siguieran: cuya vida, como merecía, fue terminada de inmediato por un cruel final.

CAPÍTULO VI.

8. Toranio Rufino escribió a un tal Paulino presbítero un libro sobre las Bendiciones de los patriarcas con una triple inteligencia, bastante sucinto y compuesto con clara brevedad. Sin embargo, según el sentido místico, no interpreta correctamente lo que está escrito sobre Dan, hijo de Jacob, en relación con nuestro Señor, ya que la afirmación de los santos Padres prueba sin duda que se refiere al Anticristo.

CAPÍTULO VII.

9. Verecundo, obispo africano, diestro en los estudios de las letras liberales, publicó en verso dactílico dos pequeños y breves libritos, el primero sobre la Resurrección y el Juicio, y el segundo sobre la Penitencia, en el cual deplora sus propios delitos con un lamento poético.

CAPÍTULO VIII.

10. Victorino, obispo, también compuso en verso dos opúsculos bastante breves: uno contra los maniqueos, que rechazan al Dios del Antiguo Testamento y contradicen la verdadera encarnación de Cristo; y otro contra los marcionistas, que imaginan dos principios, es decir, dos dioses: uno malo, justo creador de las criaturas y retribuidor de las obras; y otro bueno, receptor de las almas y perdonador de los crímenes.

CAPÍTULO IX.

11. Itacio, obispo de la provincia de Galicia, siguiendo la crónica de Eusebio, obispo de Cesarea, o de Jerónimo presbítero, que se declara editada hasta el imperio de Valente Augusto, desde el primer año de Teodosio Augusto hasta el octavo año del imperio de León, sigue la historia, en la cual narra más bien las crueles guerras de las naciones bárbaras que oprimían a Hispania. Falleció bajo el príncipe León, ya casi en la última vejez, como también se demuestra en el indicio de su prefacio.

CAPÍTULO X.

12. Eusebio, obispo de la ciudad de Dorolum. Este, en la asamblea del concilio de Calcedonia, presentó un libro contra Dióscoro, hereje y obispo de la ciudad de Alejandría, y en el sínodo presente recitó todos los errores y blasfemias de Dióscoro. Pues este, junto con el santo Flaviano, obispo de Constantinopla, había sido depuesto por Dióscoro en el segundo sínodo de Éfeso con la sentencia de excomunión, porque luchaban por la fe ortodoxa contra la herejía. Por lo cual, después, el mismo Eusebio, en el sínodo de Calcedonia, descubriendo sus innumerables crímenes y blasfemias, implora al santo concilio la sentencia de condenación sobre él, para que lo que justamente había infligido a otros, se le revirtiera justamente.

CAPÍTULO XI.

13. Cereal, obispo de la Iglesia de Castellanense. Este, cuando llegó a la ciudad de Cartago en la provincia de África, discutió sobre la fe de la Santísima Trinidad con Maximiano, obispo de los amonitas, respondiendo a sus proposiciones, no con argumentos de elocuencia, sino

con testimonios de las Sagradas Escrituras. Esta misma obra suya se encuentra marcada con diecinueve capítulos de respuestas.

CAPÍTULO XII.

14. Ferrando, diácono de la Iglesia de Cartago, se dice que floreció mucho en las Sagradas Escrituras, y se narra que tuvo muchas proposiciones con el beato Fulgencio en cartas alternas. Este, respondiendo a Pelagio y Anatolio, diáconos romanos que le consultaban si es lícito condenar a alguien después de la muerte, emitió una respuesta en la que, entre otras cosas, dijo: «¿Qué provecho hay en perturbar a la Iglesia por los que duermen? Si alguien, aún en el cuerpo de esta muerte, ha sido acusado y condenado, y antes de merecer ser absuelto, ha sido arrebatado de la Iglesia, no puede ser absuelto por juicio humano. Si alguien ha sido acusado y absuelto, y ha pasado en paz a Dios en la Iglesia católica, no puede ser condenado ulteriormente por juicio humano. Si alguien ha sido acusado y, antes del día del sagrado examen, ha sido prevenido por una repentina vocación, estando dentro del seno de la madre Iglesia, debe entenderse que está reservado al juicio divino, y de esto ningún hombre puede pronunciar una sentencia manifiesta, porque si Dios le ha dado indulgencia, nuestra severidad no le hace daño; pero si ha preparado castigo, nuestra benignidad no le aprovecha.

CAPÍTULO XIII.

15. Pedro, obispo de la Iglesia de Ilerda en Hispania, publicó oraciones y misas congruentes para diversas solemnidades, con un sentido elegante y un discurso claro.

CAPÍTULO XIV.

16. Marcelino, presbítero de Italia, escribió a Teodosio el Menor y a Arcadio, emperadores, un opúsculo en el que relata los hechos de los obispos que se reunieron en Ariminum para la destrucción del homousion; y que así perturbaron a todo el mundo con la perfidia de su impío dogma, que apenas existieron pocos obispos que perseveraran en el culto inviolable de la fe. También expone sobre Arrio, cuando iba a la sinodal con Alejandro a disputar, cómo, al volverse en el camino por una necesidad, sus entrañas se derramaron. Sobre el fin de Osio, obispo de la ciudad de Córdoba, quien, por temor al emperador, prevaricó en la fe, se convirtió en defensor de la perfidia y seguidor de la impiedad, así lo relata. Pues después de la impía prevaricación de Osio, cuando el santo Gregorio, obispo de Elvira, fue llevado a la ciudad de Córdoba según el decreto imperial, y no quiso comunicarse con él, Osio, movido, dice a Clementino, prefecto vicario de Constancio, que lo envíe al exilio. Pero él dice: No me atrevo a enviar a un obispo al exilio, a menos que primero lo depongas del episcopado.

17. Cuando el santo Gregorio vio que Osio quería pronunciar sentencia, apeló a Cristo con todas las entrañas de su fe, exclamando así: Cristo Dios, que has de venir a juzgar a vivos y muertos, no permitas que hoy se pronuncie una sentencia humana contra mí, tu mínimo siervo, que por la fe de tu nombre, como reo asistente, he sido hecho espectáculo; sino que tú mismo, te ruego, en tu causa hoy juzga, tú mismo dignate pronunciar sentencia por medio de la venganza. No yo, como temiendo el exilio, deseo huir, ya que para mí, por tu nombre, ningún suplicio es grave, sino para que muchos sean liberados del error de la prevaricación, cuando vean la venganza presente. Dicho esto, he aquí que de repente Osio, sentado con el orgullo casi de un imperio real, cuando intentaba expresar la sentencia, torció la boca, distorsionando al mismo tiempo el cuello, y cayendo de su asiento al suelo, expiró de inmediato.

18. Entonces, admirados todos, incluso Clementino, aquel gentil, se espantó, y aunque era juez, temiendo que se le juzgara con un castigo similar, se postró a los pies del santo varón, suplicando que le perdonara, ya que había pecado contra él por ignorancia de la ley divina, y no tanto por su propio arbitrio como por el mandato del emperador. Por eso, solo Gregorio, de entre los que defendían la fe íntegra, ni fue llevado al exilio ni sufrió el exilio, pues cada uno temió juzgarlo ulteriormente.

148 CAPÍTULO XV.

19. Itacio, obispo de Hispania, conocido por su elocuencia, escribió un libro bajo la apariencia de un Apologético, en el que demuestra los detestables dogmas de Prisciliano, sus artes mágicas y las infamias de sus lujurias, mostrando que un tal Marco, experto en el arte mágica de Menfis, fue discípulo de Manes y maestro de Prisciliano. Este, junto con el obispo Ursacio, por la muerte del mismo Prisciliano, de quien fueron acusadores, fue privado de la comunión de la Iglesia, condenado al exilio, y allí murió en su último día, reinando Teodosio el Mayor y Valentiniano.

CAPÍTULO XVI.

20. Siricio, clarísimo pontífice y obispo de la sede romana, escribió un opúsculo decretal dirigido al obispo Eumerio de Tarragona. En el cual, entre otras disciplinas eclesiásticas, estableció que el bautismo de los herejes no debe ser anulado por la Iglesia. Encontramos también otra carta suya enviada a diversos obispos, en la que condena al hereje Joviniano, y a Auxencio, y a otros seguidores de los mismos. Gobernó en Roma catorce años. Falleció reinando Teodosio y Valentiniano.

CAPÍTULO XVII.

21. Paulino, presbítero, explicó en las Bendiciones de los patriarcas un libro con un género de triple inteligencia, compuesto con bastante brevedad. El mismo, a petición de Agustín, escribió la vida de Ambrosio, floreciente en signos, doctrinas y méritos no inferiores a los de los apóstoles. De hecho, también el obispo Constancio escribió la vida de Germán, y Oranio publicó la muerte de Paulino.

CAPÍTULO XVIII.

22. Proba, esposa del procónsul Adelphio, mujer, por eso colocada sola entre los hombres eclesiásticos, porque se dedicó a la alabanza de Cristo, componiendo un centón sobre Cristo, adaptado con versos virgilianos. No nos asombra su estudio, sino que alabamos su ingenio. Sin embargo, esta obra se inserta entre las Escrituras apócrifas.

150 CAPÍTULO XIX.

23. Juan, santísimo obispo de la sede de Constantinopla, apodado Crisóstomo; cuya oración otorga gran compunción del corazón y gran suavidad en elocuencia, compuso en griego muchas y notables obras. De las cuales, en latín se utilizan dos de sus libros sobre los caídos, escritos a un tal Teodoro, llenos de lamentos y exhortaciones, ya que había caído de una buena conversación. Y porque había ejercido la vida monástica con él en un mismo monasterio, por eso lo amonestó en los mismos libros sobre la conversación allí hecha, provocándolo a su propósito, y mostrando que ningún pecador o impío, si regresa a la penitencia, debe desesperar.

24. Leímos también otro libro suyo, cuyo título es Nadie puede ser herido por otro, sino por sí mismo. También se encuentra una obra suya insigne dirigida a una noble matrona llamada Gregoria sobre la conversación de la vida y la institución de las costumbres, o sobre la pugna de las virtudes y los vicios. También hay otro libro suyo entre los latinos sobre la compunción del corazón. Otro también escrito a un tal Eutropio, cuando, expulsado del palacio, se refugió en el altar.

25. Además, compuso muchos y diversos tratados, que enumerarlos sería muy largo. De cuyo estudio, aunque no todos, sin embargo, muchos de sus elocuentes flujos han sido traducidos del griego al latín. Sin embargo, en el decimotercer año de su episcopado, oprimido por la discordia del obispo Teófilo de Alejandría, nuestros obispos, favoreciendo al emperador Arcadio, lo condenaron inocente, y destituido del episcopado, lo enviaron al exilio en el Ponto. Su cuerpo, en el trigésimo quinto año, el día de su muerte, fue llamado de regreso del exilio a Constantinopla, y también fue sepultado en la iglesia de los Apóstoles.

CAPÍTULO XX.

26. Sedulio, presbítero, publicó tres libros, compuestos en metro heroico dactílico, de los cuales el primero resuena poderosamente los signos y virtudes del Antiguo Testamento, y los restantes proclaman los sacramentos o milagros de los hechos de Cristo.

CAPÍTULO XXI.

27. Posidio, obispo de la provincia africana. Este persiguió con su estilo la vida del santo Agustín, a cuya obra también añadió un índice de sus escritos, enumerando cuántos libros escribió el mismo beatísimo doctor, donde se calculan más de cuatrocientos volúmenes. De homilias y cartas y cuestiones hay un modo infinito, de modo que apenas alguien podría escribir tanto con su propio esfuerzo como él compuso con su propio trabajo.

CAPÍTULO XXII.

28. Primasio, obispo africano, compuso en estilo escolástico tres libros sobre las Herejías dirigidos al obispo Fortunato, explicando en ellos lo que el beatísimo Agustín había dejado incompleto en su libro sobre las Herejías, interrumpido por la muerte: en el primero mostrando qué hace a alguien hereje, en el segundo y tercero ordenando qué demuestra ser hereje.

CAPÍTULO XXIII.

29. Proterio, obispo de la Iglesia de Alejandría, escribió cartas al obispo León de la sede romana sobre la festividad pascual. Sin embargo, en tiempos del emperador León, los sucesores del hereje Dióscoro, con Timoteo como autor, lo mataron cruelmente en una sedición, y establecieron a Timoteo como obispo de Alejandría.

CAPÍTULO XXIV.

30. Pascasio, obispo de Sicilia, publicó una carta pascual dirigida al papa León mencionado anteriormente, en la que relata el milagro del misterio pascual con estas palabras: Hay, dice, una posesión llamada Meltinas, situada en montañas altas y bosques densos, allí hay una iglesia muy pequeña y construida con obra humilde, en cuyo baptisterio, en la noche sagrada pascual, a la hora del bautismo, sin que haya canal o tubería ni agua cercana, el manantial se llena por sí mismo; y después de que los pocos que han sido consagrados, sin que haya

desagüe, el agua se retira por sí misma como había venido. Brilló bajo Teodosio el Joven, hijo del emperador Arcadio.

CAPÍTULO XXV.

31. Un tal Juliano, galo, apodado Pomerio. Este escribió ocho libros sobre la Naturaleza del alma en forma de diálogo. El primero de ellos contiene qué es el alma, o cómo se cree que fue hecha a imagen de Dios. En el segundo habla sobre si el alma es corpórea o incorpórea. En el tercero discute de dónde fue hecha el alma del primer hombre. En el cuarto si un alma nueva se hace sin pecado, o si el pecado del primer hombre se propaga originalmente desde él.

32. En el quinto describe cuál es la facultad del alma. En el sexto habla sobre de dónde proviene esa discordia por la cual el espíritu se opone a la carne, o la carne al espíritu. En el séptimo escribe sobre la diferencia de vidas y muertes, o la resurrección de la carne y el alma, o sobre la muerte de la carne y su resurrección. En el octavo habla sobre lo que sucederá al final del mundo, o sobre las cuestiones que suelen proponerse sobre la resurrección, o sobre los fines de los buenos y los malos.

33. Sin embargo, en el segundo libro de esta obra, consintiendo en los errores de Tertuliano, dijo que el alma es corpórea, intentando sostener esto con ciertos argumentos falaces. También publicó un librito sobre la Instrucción de las vírgenes, y otros tres sobre la contemplación de la vida futura, o la conversación actual, así como sobre los vicios y las virtudes.

CAPÍTULO XXVI.

34. Eugipio, abad del pueblo de Lucullanense, en Nápoles, Campania. Este compuso con estilo breve un librito sobre la Vida del santo monje Severino, enviado a un tal Pascasio diácono. También escribió una regla para los monjes que residen en el monasterio de San Severino, que les dejó como testamento al morir. Brilló después del consulado de Importuno el Joven, reinando el emperador Anastasio.

CAPÍTULO XXVII.

35. Fulgencio, africano, obispo de la iglesia de Ruspensis, claro en la confesión de la fe, copiosísimamente instruido en las Escrituras divinas, dulce en el hablar, sutil en el enseñar y discutir, escribió muchas cosas. De las cuales leímos, sobre la gracia de Dios y el libre albedrío, siete libros de Respuestas, en los cuales, respondiendo a Fausto, obispo de la ciudad de Regio en Galia, que consentía en la depravación pelagiana, se esfuerza por destruir su profunda astucia.

36. Leímos también su libro sobre la Santa Trinidad dirigido a Félix, el notario; asimismo, el libro de la Regla de la verdadera fe, y otro sobre el Sacramento de la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo. Existen también dos libros suyos sobre la Verdad de la predestinación, enviados a los obispos, en los cuales se demuestra que la gracia de Dios precede a la voluntad humana en los buenos, y que Dios, justificando a algunos con el don de su predestinación, los elige, mientras que a otros los deja en sus malos hábitos por un juicio oculto. 37. Existe también su libro de altercación, en el cual el mismo beato Fulgencio discutió sobre la fe con el rey Trasamundo. También escribió un pequeño libro a Ferrando, diácono de la iglesia de Cartago, sobre Cuestiones preguntadas. Entre estas obras, compuso muchos tratados para que

los sacerdotes los usaran en las iglesias. Se atribuyen también numerosos monumentos de su ingenio. Solo hemos recogido estas pocas flores preciosas de su doctrina. Mejor suerte tiene aquel a quien el Señor le ha concedido las delicias de todos sus libros. Brilló bajo el reinado de Trasamundo, rey de los Vándalos, y durante el gobierno del emperador Anastasio.

CAPÍTULO XXVIII.

38. Eucherio, obispo de Francia, elegante en sus sentencias y adornado en sus palabras, escribió para Hilario, obispo de Arlés, quien buscaba el desierto de la ermita, una obra sobre la Alabanza de dicha ermita, muy brillante y dictada con dulce discurso, en la cual alabamos al maestro, aunque diga pocas cosas, pero hermosas. La brevedad, como dice alguien, es a veces una alabanza en alguna parte del discurso, pero en toda la elocuencia no tiene alabanza.

CAPÍTULO XXIX.

39. Hilario, obispo de Arlés, escribió la Vida de su padre y predecesor, el santísimo y venerable obispo Honorato, dictada con un discurso suave y brillante.

CAPÍTULO XXX.

40. Apringio, obispo de la iglesia de Pácense en Hispania, elocuente en lengua y erudito en ciencia, interpretó el Apocalipsis del apóstol Juan con un sentido sutil y un discurso ilustre, mejor casi que lo que parecen haber expuesto los antiguos hombres eclesiásticos. Escribió también algunas cosas que, sin embargo, no han llegado al conocimiento de nuestra lectura. Brilló en tiempos del príncipe godo Teudis.

CAPÍTULO XXXI.

41. El emperador Justiniano publicó algunos libros sobre la Encarnación del Señor, que también envió a diversas provincias. También redactó un rescripto contra el sínodo ilírico y contra los obispos africanos defensores del sínodo de Calcedonia con perverso empeño: en el cual intenta condenar tres capítulos, es decir, los dichos de Teodoro de Mopsuestia, los rescriptos de Teodoreto, y la carta que se dice de Ibas, obispo de Edesa.

CAPÍTULO XXXII.

42. Facundo, africano, obispo de la iglesia de Hermiana, escribió doce libros en defensa de los tres capítulos, en cuyo estilo demostró que los mencionados tres capítulos fueron condenados en la prescripción de la fe apostólica y en la impugnación del sínodo de Calcedonia, es decir, la carta de Ibas, obispo de Edesa, dirigida a Maris el persa, y Teodoro de Mopsuestia, obispo, y los dichos de Teodoreto, obispo de Cirio. Brilló después del consulado de Basilio, en el décimo año del reinado del emperador Justiniano.

CAPÍTULO XXXIII.

43. Justiniano, de Hispania, obispo de la iglesia de Valencia, uno de los cuatro hermanos obispos nacidos de la misma madre, escribió un libro de Respuestas a un tal Rústico sobre Cuestiones preguntadas: cuya primera respuesta es sobre el Espíritu Santo; la segunda es contra los Bonosianos, que dicen que Cristo es Hijo adoptivo y no propio; la tercera respuesta es sobre el bautismo de Cristo, que no se puede repetir; la cuarta respuesta es sobre la distinción entre el bautismo de Juan y el de Cristo; la quinta respuesta es que el Hijo, al igual que el Padre, es invisible. Floreció en Hispania en tiempos del príncipe godo Teudis.

CAPÍTULO XXXIV.

44. Justo, obispo de la iglesia de Urgel en Hispania, y hermano del mencionado Justiniano, publicó un pequeño libro de exposición sobre el Cantar de los Cantares, discutiendo todo el sentido muy brevemente y claramente por alegoría. También se dice que sus hermanos Nebridio y Elpidio escribieron algunas cosas, pero como no las conocemos, confesamos que es mejor callarlas.

CAPÍTULO XXXV.

45. Martín, santísimo pontífice del monasterio de Dumio, navegando desde las partes de Oriente, llegó a Galicia, y allí, convirtiendo a los pueblos suevos de la impiedad arriana a la fe católica, estableció la regla de la fe y de la santa religión, confirmó iglesias, fundó monasterios y compuso abundantes preceptos de piadosa instrucción.

46. Yo mismo leí su libro sobre las Diferencias de las cuatro virtudes, y otro volumen de Cartas en las que exhorta a la enmienda de la vida y a la conversación de la fe, la constancia en la oración y la distribución de limosnas, y sobre todo al cultivo de todas las virtudes y la piedad. Floreció, reinando el rey suevo Teodomiro, en aquellos tiempos en que Justiniano gobernaba en la república y Atanagildo en Hispania.

CAPÍTULO XXXVI.

47. Avito, obispo de Vienne, muy docto en la ciencia de las letras seculares, publicó cinco libritos compuestos en metro heroico, de los cuales el primero es sobre el Origen del mundo, el segundo sobre el Pecado original, el tercero sobre la Esencia de Dios, el cuarto sobre el Diluvio del mundo, el quinto sobre el Tránsito del mar Rojo. Escribió también un libro a su hermana Fuscina sobre la Alabanza de la virginidad, compuesto con un bellissimo poema y adaptado con un elegante epigrama.

CAPÍTULO XXXVII.

48. Draconcio compuso en versos heroicos el Hexamerón de la creación del mundo, y lo compuso y escribió de manera muy brillante.

CAPÍTULO XXXVIII.

49. Víctor, obispo africano de la iglesia de Tunnuna. Este promulgó una breve Historia desde el principio del mundo hasta el primer año del imperio de Justino el Joven, a través de los cónsules anuales, de los asuntos bélicos y eclesiásticos más nobles, ilustre por su alabanza y anotación, y digna de memoria. Este, por la defensa de los tres capítulos, fue expulsado de su iglesia por el emperador Justiniano y trasladado al exilio en Egipto.

50. Desde allí, llamado de nuevo a Constantinopla, mientras resistía al emperador Justiniano y a Eutiquio, obispo de la ciudad de Constantinopla, detractores de los mismos tres capítulos, fue enviado de nuevo a un monasterio de la misma ciudad para ser custodiado, y permaneciendo en la misma condena (como dicen), murió.

CAPÍTULO XXXIX.

51. Juan, obispo de santa memoria de Constantinopla, de nación capadocio, a quien el beato Gregorio escribió el libro de la Regla pastoral, hombre de inestimable abstinencia, y tan generoso en limosnas, que el emperador Mauricio, movido por el celo de la avaricia contra él, decretó que los pobres fueran expulsados de la ciudad.

52. Este, en lengua griega, publicó un rescripto sobre el sacramento del bautismo al señor nuestro de buena memoria y predecesor Leandro, obispo, en el cual no pone nada propio, sino que solo replica las sentencias de los antiguos Padres sobre la triple inmersión. Brilló en tiempos del príncipe Mauricio, y falleció reinando el mismo Augusto.

CAPÍTULO XL.

53. Gregorio, papa de la sede apostólica romana, lleno de la compunción del temor de Dios y supremo en humanidad, dotado de tal luz de ciencia por la gracia del Espíritu Santo, que no solo en los tiempos presentes, sino que tampoco en los pasados, hubo alguien igual a él entre los doctores. Este, al inicio de su episcopado, publicó el libro de la Regla pastoral, dirigido a Juan, obispo de la sede de Constantinopla. En el cual enseña cómo debe venir cada uno al oficio de gobierno, o cómo, una vez llegado, debe vivir o esforzarse por enseñar a los súbditos.

54. El mismo, a petición del obispo Leandro, explicó el libro del beato Job con sentido místico y moral, y desarrolló toda su historia profética en treinta y cinco volúmenes con un abundante manantial de elocuencia. En los cuales, en verdad, cuántos misterios de los sacramentos se revelan, cuántos preceptos hay para el amor de la vida eterna, y cuántos adornos de palabras brillan, nadie sabio podrá explicarlo, incluso si todos sus miembros se convirtieran en lenguas.

55. También escribió algunas cartas al mencionado Leandro, de las cuales una se anexa en los mismos libros de Job con el título de prefacio; otra habla sobre la inmersión del bautismo, en la cual, entre otras cosas, está escrito así: No puede ser en absoluto reprehensible, dice, sumergir al niño en el bautismo, ya sea una vez o tres veces, cuando en las tres inmersiones se puede designar la Trinidad de las personas, y en una la singularidad de la Divinidad.

56. Se dice, sin embargo, que el mismo santísimo varón escribió también otros libros morales, y expuso todo el texto de los cuatro Evangelios en sermones al pueblo, una obra desconocida para nosotros. Feliz, sin embargo, y muy feliz, quien pudo conocer todos sus estudios. Floreció bajo el emperador Mauricio Augusto. Falleció al inicio del principado de Focas, príncipe romano.

CAPÍTULO XLI.

57. Leandro, nacido de su padre Severiano, de la provincia de Cartago, monje de profesión, y de monje fue constituido obispo de la Iglesia de Hispalis en la provincia Bética, hombre de suave elocuencia, de ingenio excelentísimo, y también clarísimo en vida y doctrina, de modo que, por su fe e industria, los pueblos de la nación de los godos se convirtieron de la locura arriana a la fe católica. Pues en su peregrinación de exilio compuso dos libros contra los dogmas de los herejes, riquísimos en erudición de las Sagradas Escrituras, en los cuales con vehemente estilo perfora y descubre la depravación de la impiedad arriana, mostrando, por supuesto, qué tiene la Iglesia católica contra ellos, o cuánto difiere de ellos en religión o en los sacramentos de la fe.

58. Existe también otra obra laudable suya contra las instituciones de los arrianos, en la cual, proponiendo sus dichos, opone sus respuestas. Además, publicó un pequeño libro a su hermana Florentina sobre la Institución de las vírgenes y el desprecio del mundo, señalado con distinciones de títulos. En efecto, también en los Oficios Eclesiásticos trabajó con no poco esfuerzo; pues en todo el Salterio escribió oraciones con doble edición; en el sacrificio, alabanzas y salmos, compuso muchas cosas con dulce sonido.

59. Escribió también muchas cartas: una al papa Gregorio sobre el bautismo, otra a su hermano, en la cual advierte que la muerte no debe ser temida por nadie. También promulgó muchas cartas familiares a otros obispos, y aunque no suficientemente espléndidas en palabras, sí agudas en sentencias. Floreció bajo el religioso Recaredo, hombre religioso y príncipe glorioso, en cuyos tiempos también cerró el término de su vida con una muerte admirable.

CAPÍTULO XLII.

60. Luciniano, obispo de Cartago Spartaria, docto en las Escrituras: de quien leímos muchas cartas, una sobre el sacramento del bautismo, y muchas a Eutropio, abad que después fue obispo de Valencia. El resto de su industria y trabajo no ha llegado a nuestro conocimiento. Brilló en tiempos del emperador Mauricio. Falleció en Constantinopla, extinguido por veneno (según dicen) por sus enemigos, pero, como está escrito: El justo, cualquiera que sea la muerte que lo sorprenda, su alma estará en refrigerio.

CAPÍTULO XLIII.

61. Severo, obispo de la sede de Málaga, colega y compañero del obispo Luciniano, publicó un pequeño libro contra Vicente, obispo de la ciudad de Zaragoza, quien de católico había caído en la depravación arriana. Existe también otro pequeño libro suyo sobre la Virginidad dirigido a su hermana, que se llama anillo: del cual confesamos conocer el título, pero ignorar el contenido. Brilló en tiempos del mencionado emperador, bajo cuyo reinado también terminó su vida.

CAPÍTULO XLIV.

62. Juan, obispo de la iglesia de Gerona, de nacimiento godo, nacido en la provincia de Lusitania, en Scalabis. Este, siendo joven, fue a Constantinopla, y allí, armado con la erudición griega y latina, después de diecisiete años regresó a Hispania, en el mismo tiempo en que, incitado por el rey Leovigildo, ardía la locura arriana. Este rey, al intentar forzarlo a la crueldad de la nefanda herejía, y él resistir completamente, fue exiliado y relegado a Barcelona, donde durante diez años sufrió muchas insidias y persecuciones de los arrianos.

63. Después fundó el monasterio que se llama Biclano, donde, reuniendo una comunidad de monjes, escribió una regla útil para dicho monasterio, pero también muy necesaria para todos los que temen a Dios. Añadió en el libro de Crónicas desde el primer año del principado de Justino el Joven, hasta el octavo año del principado de Mauricio de los romanos, y el cuarto año del rey Recaredo, una Historia compuesta con discurso histórico y ordenado, muy útil: y se dice que escribió muchas otras cosas que no han llegado a nuestro conocimiento.

CAPÍTULO XLV.

64. Eutropio, obispo de la iglesia de Valencia, mientras aún residía en el monasterio de Servitano y era padre de los monjes, escribió al papa Luciniano, de quien hicimos mención

antes, una carta muy útil, en la cual le pregunta por qué a los niños bautizados se les otorga el crisma, después de esta unción. Escribió también al obispo Pedro de Ircavica sobre la disciplina de los monjes, una carta compuesta con saludable discurso, y muy necesaria para los monjes.

CAPÍTULO XLVI.

65. Máximo, obispo de la ciudad de Zaragoza, se dice que compuso muchas cosas en verso y prosa. Escribió también con breve estilo una pequeña historia de lo que sucedió en tiempos de los godos en Hispania, con discurso histórico y ordenado, y se dice que escribió muchas otras cosas que aún no he leído.